



MANUEL DE HISTORIA

Ps B
Ernesto Montenegro
de su
ocasional amigo

Martín

Feria / 86



Quinn

7

Laberinto para nuestro pasado y futuro

"Manuel de Historia"

Por Marco Denevi

(Corregidor)

S OLO hacia el final de la novela la narración va a parar en manos de su propio autor, aunque la existencia de éste haya sido cuestionada en una de las partes. Desde el presente, *Manuel de Historia* incursiona en el futuro, en idas y vueltas alucinantes, y Marco Denevi, en ese final, se yergue dominador del tema, el país y su destino a través de una biografía simbólica que no se escribirá jamás, en un libro que tal vez haya existido y se perdió, y de una palabra clave, *manuelisma*, que guía toda la búsqueda aparentemente infructuosa.

Que Denevi, agudo y sagaz observador de nuestra realidad, como lo prueban para nuestros lectores sus escritos aparecidos a lo largo de estos años en LA NACION, y otros ensayos y comentarios vastamente difundidos, tome como tema a la Argentina de hoy, no es una novedad sino una prueba de la consecuencia consigo mismo. En su obra de ficción propiamente dicha, desde la celebrada *Rosaura a las diez*, cuyo treinta aniversario se cumple este año, la idea de lo que somos, encarnada en personajes o en modos de ser que nos representan, ha ido creciendo en su obra, diría que implacablemente por el severo análisis y el diagnóstico sin con-

cesiones, hasta culminar en este *Manuel de Historia*, visión revulsiva de lo que fuimos en el pasado inmediato y de lo que seremos si persistimos en el error.

Las partes de la novela aludidas en el comienzo encajan en el relato a la manera de las muñecas rusas y juegan como espejos enfrentados que multiplican las imágenes y, a la vez, por obra y gracia del escritor, retocan sus perfiles y aun los hacen aparecer o desaparecer insistiendo en lo lúdico que exige el aporte inteligente del lector. Escribir aquí la palabra lucidez es la natural consecuencia del rigor con que ha sido concebida la obra y exaltar -valga el término- la compleja construcción que, sin embargo, aparte del atractivo que ofrece en sí misma, favorece con su deslumbramiento el desarrollo profundo de la historia. Por esta razón, siguiendo la ley de los espejos, en muchos pasajes la novela se vuelve sobre sí misma, reflexiona sobre lo narrativo desdoblándose, del modo en que el poeta, finalmente, elabora su poética en el poema. De más está agregar que la teoría coincide con las grandes y eternas leyes del arte de contar, de las que *Manuel de Historia* es un ejemplo impecable. Valga una muestra: cuando el futuro autor de la novela, Ramón Civedé, le dice a Sidney Gallagher, el joven norteamericano que lo ayudará en la redacción, que convendría poner un

relato dentro de otro, y que una de esas partes debería transcurrir en el futuro "en una República Argentina bajo el mandato de las Naciones Unidas", no sólo se aclara el método de la composición (el de las muñecas rusas) sino el sentido de la novela.

- "¿Y para qué?", le pregunta el muchacho. "Para advertirles a los argentinos que lo que están poniendo en peligro ya no es tal o cual ideología política sino la existencia misma de la Nación", contesta Civedé.

Pero si Denevi escribe su novela atendiendo a la elaboración que insiste en las "vueltas de tuerca" literarias, también lo hace creando personajes inolvidables. Sus criaturas, liberadas dentro del laberinto (y hay una, Ramón Civedé, precisamente, o Sebastián Honadio, otro de sus nombres, que merecería el laberinto como ninguna, ya que se trata de una reencarnación porteña del Minotauro), se mueven con vida tan independiente que, sin ninguna exageración, podrían desprenderse de la novela y encarnar en la realidad un juego inverso en el que la ficción proporciona seres a la vida de todos los días. El citado Gallagher, que tiene dos encarnaciones, en "1996" y en "1984", dos de los tiempos de la novela; Anibal Benítez, el taxista, radiografía del argentino medio resentido y machista; Wendell O'Flaherty, "alias Queen Wendy"; Crist, la muchacha argentina que habla "argingles", una "arg" cuando a la ca-

lle Florida se la denomina "Florida St.", y los comensales de la casa de Deledda y Sebastián, el ex embajador Maluganis, monseñor Casaratorre, Letizia del Piombo, el recopilador de argentinismos José Sorbello, el joven subversivo Guillermo, Castelbruno... pero sobre todo Deledda.

Cuando irrumpe Deledda, bella dama hija y nieta de diplomáticos que vive con su hijo Guillermo, cuya ocupación consiste en dar comidas y en vivir en el pasado imitando a mujeres de la Belle Époque, *Manuel de Historia* se enriquece definitivamente en la pintura de personajes y aborda el momento crítico de la subversión en la Argentina. Por sólo esta larga escena, que consiste en comidas que son una sola, la obra se convierte en la primera que entre nosotros, desde el punto de vista estrictamente novelesco, toca el tema desde adentro, sin piedad y sin mentira, desde el testimonio de un país que padeció las mayores calamidades sufriendolas impotente.

Novela de arrolladora trama, de constante inventiva, de creciente e incesante desarrollo, *Manuel de Historia* está escrita, por si fuera poco, o por eso mismo, con tal seguridad de palabra que no sería arriesgado afirmar que Marco Denevi ha hecho la proeza de superar a Marco Denevi, lo que si realmente no es poco. (184 páginas.)

Oscar Hermes Villordo

(c) LA NACION



Marco Denevi